le; pero el pensarlo solo me estremecia. Acudia á oir los mas dignos, los mas célebres, los mas entusiastas oradores, y advertia que si mucho era lo que decian, mucho mas era todavía lo que les quedaba por decir. Tomaba los Sagrados Libros, revolvia el Antiguo y Nuevo Testamento, y tanto veia, y tanto y tan escelente era lo que encontraba, que no sabia cuál escoger. Tomaba las obras de los escritores ascéticos, y casi me hacian desistir de mi designio. Y ¡qué estraño! El asunto no puede ser mas sublime, el pensamiento era atrevido, mi capacidad es muy limitada, y con tales circunstancias, el resultado no podia menos de ser dudoso, si no negativo. Era necesario sentir, amar, padecer y morir, y entonces era necesario ser Dios para sentir como Dios; ser Dios para padecer como Dios, y, últimamente, ser Dios para morir como Dios hecho hombre, crucificado en un madero; y era de todo punto necesario, porque la debilidad del corazon humano por sí sola no es capaz de la vehemencia del amor divino.

»Sin embargo, una vez cogida la pluma

y vertida la primera octava, deber mio era no cejar, y así lo hice. Empecé con anhelo, continué con constancia, deseando, nada mas natural, concluir con felicidad y acierto. Si lo he conseguido, no lo he de decir yo. El argumento estaba vírgen, nadie lo habia tocado, y á mí me queda la gloria de haberlo emprendido sin pretensiones temporales de ningun género, aun cuando despues me sigan uno ó mas célebres escritores que me escedan y superen con éxito feliz y ventajoso.»

Á lo escrito entonces, contadas son, cristiano hermano mio, las líneas que ahora tengo que añadir. Continúan, y lo advierto con mas claridad que hace diez años, las dificultades mismas que existian para esplanar este asunto tan hermoso, y que de una manera tan penetrante hiere las fibras del corazon. Elevado por la misericordia de Dios, aunque absolutamente indigno de ello, á la altísima dignidad del sacerdocio, cuando, en cumplimiento de mi deber, dos veces me he visto precisado gustosamente á dirigir el ejercicio de las *Tres horas de agonía de Jesus*,

á pesar de la meditacion, del estudio y de la lectura, al bajar del púlpito he hallado en mi inteligencia un desaliento inesplicable, y en mi alma un vacío que me han convencido, de ahora para siempre, de que es imposible agotar lo inagotable, y poner fin á lo infinito: tales son Las Siete Palabras. Sin embargo, al pensar en escribir segunda vez sobre el mismo asunto, y al verme animado á ello por personas muy dignas para mí de consideracion, solamente me he propuesto tres cosas, que son: con el aumento en prosa de las Palabras esplicadas, no segun yo, sino segun autores de reconocido mérito y piedad, poner mi libro al alcance de todos los entendimientos y de todas las voluntades; segunda, que de esta manera pueda darse mas gloria á Dios, manifestarse mas amor y gratitud á Jesucristo nuestro bien, y conquistarse mas beneficios y utilidad para nuestras almas; y, por último, hacer que por todas partes se estienda la devocion hácia un objeto tan tierno, y que, si es posible, en manos de todos los fieles se halle un traslado provechoso del Testamento de nuestro Salvador.

No está en mí conseguirlo, pero en Dios está el hacerlo. Lo escrito ahí está, sometido como debe, y con todo el placer de mi corazon, á la correccion y censura de la autoridad eclesiástica, representante é intérprete fiel de los sentimientos de nuestra Santa Madre la Iglesia católica apostólica romana, en cuyos brazos he nacido, y en cuya creencia, sacramentos y doctrina quiero vivir y morir. Ahí está delante de los Santísimos y muy amados Corazones de Jesus y de María, para que, penetrados, lector, de nuestros deseos, los cumplan si conviene, y de todos modos á ti y á mí y al universo entero, nos echen su dulcísima bendicion.

Felipe Velazquez y Arroyo.
Presbítero.

INTRODUCCION.

A MARIA.

Rompo la lira, y mi dolor profundo
Preludia triste cántico, Señora;
Desengaños no mas, sueños del mundo
Mi mente afligen y con mengua llora.
Del orbe por los ámbitos, inmundo
El pecado de Adan ruge y devora,
Y de sus lauros colocado encima
Surge Luzbel de la profunda sima.

Esqueleto animado los que un dia
Cantara yo soberbios vencedores,
Me brindan el pesar; de la alegría
Quedaron los recuerdos punzadores;
Del ámbar que en el campo me ofrecia
Tupida alfombra de esmaltadas flores,
Solo me resta, Madre sin ventura,
Una copa colmada de amargura.

Y ¿á dónde pararé la incierta planta,
Si la naturaleza en torno gira,
Y el caos á mis pasos se adelanta?
¿Cómo el labio, que tímido suspira,
Exhalará la voz de la garganta,
Si el pensamiento que á la mente inspira

Es misterio fatídico, estupendo,
Que cuanto apuro mas, menos comprendo?

Do quier que miro, incertidumbre veo;
Do quier que escucho, el alarido alcanzo;
Negra mano, burlando mi deseo,
Me viene á detener cuando yo avanzo.
Solo devastacion es el trofeo
Del mundo; y tras las ruinas yo me lanzo,
Y voy por entre escollos y entre nieblas
Á perderme en un golfo de tinieblas.

Nublado el sol, opacas las estrellas,
Y sin almo rocío el firmamento;
Las flores del pensil, cuanto mas bellas,
Tanto mas mústias las deshoja el viento.
Relámpagos se cruzan y centellas,
Que abrasando el helado pavimento,
Perdonan solo al angustiado lirio,
Símbolo de la Reina del martirio.

En la cima del Gólgotha sangriento,
Drama desgarrador se representa;
Del patíbulo al pie teneis asiento:
Y aislada en el furor de la tormenta,
Y sola en el mas crítico momento,
Tórtola sois que sus dolores cuenta
Al compasado son de tierno arrullo,
Del bárbaro motin entre el murmullo.

Yo busco inspiracion, y no la encuentro;
Consuelo vos necesitais, María,

Y sois de la afliccion víctima y centro,
Y blanco de traicion y alevosía.
Dentro del corazon, del alma dentro,
Lágrimas tengo que verter queria...
Y empezaré por fin, que, solitario,
Á llorar junto á vos, voy al Calvario.

Y entre la multitud que allí alborota
Y escarnece al que es Rey de la existencia,
Veré de nuestra muerte la derrota,
Oiré de nuestra vida la sentencia.
Del Cordero Jesus, helada gota
De sangre alumbrará mi insuficiencia,
Y seré, Vírgen mia, á vuestro ruego,
Con palabras de amor cantor de fuego.

Si el cántico, Señora, no os agrada,
Mi llanto encontrará vuestra acogida;
Amapola del cielo abandonada,
Estais entre las zarzas combatida
Por el fiero huracan que os anonada,
Por el duro aquilon que os intimida.
Vuestro es mi ser; y pues á vos imploro,
Recoged de mis cánticos el lloro.

Reina de los querubes bendecida,
Reina de los arcángeles amada,
¿Quién os dirige súplica rendida
Que no sea de vos bien escuchada?
¿Y faltará á mi voz, casi estinguida,
De vuestro amor la inspiracion sagrada?
Y ¿dejareis que á vuestros pies inquieta

Quede estéril la mente del poeta?

No puede ser. Las lenguas que cantaron
Las glorias celestiales de María,
Ni heladas y caducas se secaron,
Ni la segur del tiempo las vencia.
Hoy que las agonías que os cercaron
Quiere al mundo decir la lengua mia,
¿Temblaré que siquiera á vuestro manto
No se acerquen los ecos de mi canto?

Bien sabeis, Madre mia inmaculada,
Que sois vos de mi lira el embeleso,
Y me alienta, y me abisma, y me anonada
Veros en la virtud colmo y esceso.
Al borde casi de la tumba helada,
El alma os imploró.—Tal vez por eso
La muerte se alejó de mi garganta,
Y María me dijo: "Vive y canta."

Y vivo, y cantaré la triste historia
Del Hijo y de la Madre en sus dolores.
Haré, Vírgen purísima, memoria
De aquellos inauditos torcedores
Que ofuscaron un dia vuestra gloria,
Y ajaron un momento vuestras flores;
Lamentaré con vos vuestra agonía,
Sin cesar repitiendo: AVE, MARÍA.

PRIMERA PALABRA.

Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.
Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.
(SAN LUC., 23, 34.)

I.

¡Jesus instituyendo el Santísimo Sacramento de la Eucaristía: dando tal testimonio de cariño al hombre, que, en espresion de San Agustin, siendo Dios, y como tal potentísimo, no pudo darnos un don mas precioso que la Eucaristía; siendo Dios, y como tal sapientísimo, no supo darnos cosa mas escelente que este sacramento; siendo Dios, y como tal riquísimo, no tuvo joya de mas valor que darnos que el *amor de los amores*, como le llama San Bernardo! ¡Jesus humedeciendo con el sudor de su cansada frente